

---

## ‘performar’ latinoamérica. estrategias queer de representación y agenciamiento del nuevo mundo en la literatura hispanoamericana contemporánea

---

Gabriele Bizzarri

Milán: Ledizioni, 2020.

ISBN: 978-885-5262-60-6

226 pp.

---

por **sebastián cottenie**

[secottenie@uc.cl](mailto:secottenie@uc.cl)

---

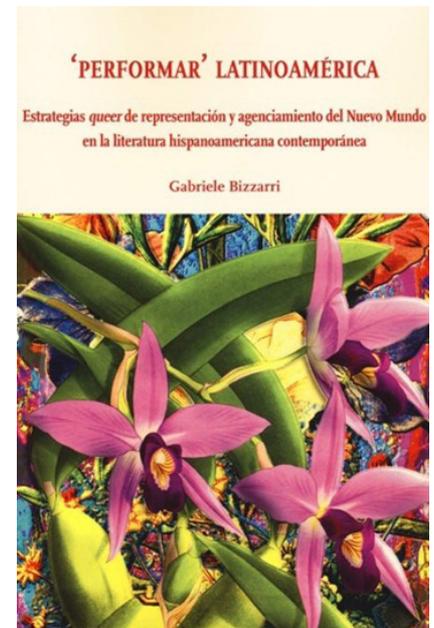
reseñas

---

Mediante una exquisita –y, por cierto, barroca– prosa que se extiende por poco más de doscientas páginas, Gabriele Bizzarri estudia las estrategias *queer* que, a partir de los noventa, permiten a Pedro Lemebel, Diamela Eltit y Roberto Bolaño resucitar en clave performática el sueño de un territorio imaginario reclamado como *propio* y que, en un afán por entrecruzar los estudios poscoloniales y de género, el autor se aventura a apodarar *Queeramérica*. Haciendo uso de herramientas teóricas gestadas al calor y sudor de un tal mestizaje de saberes y resistencias, el autor propone una lectura latinoamericana –vale decir, colectivamente significativa para la región– de esta tríada de escritores chilenos que demuestra las potencialidades políticas y estéticas de repensar, en clave *queer*, un lugar de enunciación regional que desconfíe tanto del orden (una identidad fija y estable, a imagen de los esencialismos latinoamericanistas del siglo XX) como del desorden (la impotencia posmoderna de concebir un relato subcontinental). Es, en suma, en flagrante oposición a la opción postcomunitaria esbozada en la antología *McOndo* (1996), así como al diagnóstico que

Jorge Volpi hace sobre la muerte de Latinoamérica en *El insomnio de Bolívar* (2010), que Lemebel se le aparece a este ensayista italiano como santo y seña de una opción radicalmente posmoderna donde lo colectivo no ha sido desechado en favor de una *commodity* más atractiva, como pudiera parecer ‘lo individual’ en medio de esa “fiebre privatizadora mundial’ que [según Bizzarri] afectaría a la contemporaneidad” (16). De este modo, su ensayo se yergue como una suerte de contrarrelato díscolo en el que la escritura lemebeliana opera cual mojón (sexo) disidente para repensar la escena político-cultural postboom.

A fin de ‘performar’ –en el sentido de Judith Butler– *lo latinoamericano* (cual careta políticamente productiva, que no rostro ontológicamente propio), las ficciones de estos tres escritores se desplazan, según Bizzarri, del ghetto identitario a uno simbólico –esto es, “una construcción cultural abierta, desacralizada, dispuesta a dejarse atravesar por el frémite de la diversidad y la incoherencia” (17)– cuya fuerza centrípeta está dada por un *resentimiento* común en el que se encuentran dos bandas de ilegítimos: en palabras del autor, “los hijos condenados de América y los repudiados de Sodoma” (26). De esta manera, en el horizonte que implica la conformación de un *locus* estético-político a la vez propio y productivo, lo *queer* –así con q, pues, sin desconocer el debate sobre su traducción, opta por reivindicar el carácter “vitalmente inestable y alérgico a toda reivindicación de propiedad” (14) del término anglo– se presenta como una fuerza que “injerta linfa nueva en el cadáver-reliquia postcolonial reconfirmando su apego innato a la marca de lo inclasificable, radicalmente descolonizada, estructuralmente resistente a todo intento de apropiación externa” (17).



El itinerario crítico del libro se divide en dos partes, cada una de ellas subdividida, a su vez, en tres capítulos. En la primera, el autor comienza esbozando una breve introducción que permite situar la tesis central que sostiene el ejercicio intelectual por él emprendido: la emergencia de una “una comunidad americana afincada en el discurso” (18) que, a partir de los noventa, reivindica un lugar de enunciación regional “altamente específico y desestabilizadamente postidentitario” (19). Es así como, apelando a “la vocación disidente y [al] potencial desestabilizador de [los] orígenes” (Bizzarri 12) culturales de una América nuestra que —a decir de Miguel Rojas Mix— ostenta y reclama, por lo bajo, un centenar de nombres, Bizzarri ofrece una lectura que ‘redescubre’ la región desde lo performativo, propuesta donde la noción de ‘identidad’ ha sido reemplazada por la de ‘diversidad’. En las antípodas de aquel esencialismo perseguido y aducido por los latinoamericanismos del siglo XX (el canon ensayístico masculino, cabría precisar), la obra de estos tres chilenos permite al autor reivindicar “las potencialidades ‘identitarias’ de un continente ‘matria’ (o una “Nación marica”) que se traviste del que definiría un bolivarismo performativo” (17), en otras palabras, un continente estratégicamente imaginado y habitado en cuanto posibilidad de “agenciamiento” disidente (en el sentido con el que Perlongher infecta el término deleuziano/guattariano).

Tras haber apuntado las líneas generales de su propuesta, el autor consagra el siguiente capítulo a problematizar conceptualmente la intersección entre latinxs y sexodisidentes, otredades que —según su hipótesis— se encuentran, en las producciones de Lemebel, Eltit y Bolaño, mediante una suerte de “recíproco entendimiento simbólico” (23). A fin de demostrar la pertinencia de una mezcla teórica, tan quiltra como orgiástica, entre estudios poscoloniales y de género, el autor advierte dos mecanismos básicos que son comunes a ambas “estirpes” (22) a la hora de pensar sus “andares minoritarios” (22). Por un lado, la apropiación paródica del insulto (en el marco de la cual el “yo maricón” muestra vasos comunicantes con el “yo Calibán”) en cuanto estrategia identificatoria y, por otro, la condición bastarda o quiltra como resultado de “aberrantes cruces intercategoricos” (37)

de estas progenies —en jerga académica, ese *inbetweenery* tan fértil como traicionero que Bizzarri retoma de Bhabha.

Uno de los puntos más destacables y polémicos de la discusión teórica propuesta en este capítulo corresponde a la problematización de la recepción que ciertos académicos y activistas latinoamericanxs han hecho del término *queer*. Destacando y valorando el potencial de las traducciones geopolíticamente situadas de críticos como Arboleda Ríos (“loca”), Sutherland (“marica”), López/Davis y Rivas (“cuir”) y, en particular, Falconí (“cuyr”), Bizzarri reivindica, por su parte, el “radicalismo decolonial inherente” (38) del lexema anglo, al mismo tiempo que confiesa ver en las diversas *queerizaciones* de lo *queer* llevadas a cabo desde América Latina una suerte de tautología o redundancia. Dicho esto, para evitar clausurar un debate que —a esta altura— ya adquiere tintes rizomáticos, aunque quizás también con el objetivo de destrabar el impasse resultante tras reivindicar la q, el autor propone pasar de aquella ‘latinoamericanización del *queer*’ a una ‘queerización de América Latina’, rareza cultural que, según su tesis, constituye un fenómeno constante en la literatura hispanoamericana de los últimos treinta años.

En una suerte de clímax intelectual, y tras preguntarse si es que lo *queer* no sería, en cuanto desterritorializante posibilidad (neo)barroca, la verdadera ‘expresión americana’, el autor invoca y reclama —a partir de una cita lezamesca— esta etiqueta anti categórica como “paradigma del ‘devenir americano’” (40). No por nada, dicho sea de paso, Néstor Perlongher se erige como principal referente intelectual y estilístico a lo largo de este ensayo. Con el objetivo de fundamentar esta propuesta, Bizzarri consagra el tercer y último capítulo de la primera parte a ejemplificar literariamente esta contaminación mutua entre lo *queer* y lo latinoamericano apelando a un abanico de cinco obras narrativas del siglo XX. Es así como, para develar aquella sintomática “multiplicación de la respectiva resonancia” (47) entre mariconería y latinoamericanidad, revisita y problematiza críticamente “Un hombre muerto a puntapiés” (1927) de Pablo Palacio (Ecuador), *El lugar sin límites* (1966) de José Donoso (Chile), *Plata quemada* (1997) de Ricardo Piglia (Argentina), *Viaje a La Habana* (1990) de Reinaldo Arenas (Cuba) y *El beso de la mujer araña* (1976) de Manuel Puig (Argentina).

La segunda parte del libro, a su vez, se divide en tres capítulos monográficos dedicados, respectivamente, a las producciones de Lemebel, Eltit y Bolaño, esos “tres pilares chuecos” (81) que sustentan aquella utopía *queeramericana* ampliamente hilvanada en la sección anterior. Si bien el corpus literario escogido se acota a las letras chilenas, la lectura que de ellos hace el autor abraza lo continental, en la medida que recupera a estos “tres clásicos marginales (y de la marginalidad)” (21) en cuanto escritores que forjaron, al fragor de la (pos)dictadura noventera chilena, un imaginario común del cual viene a ser heredera toda una “estirpe, deliciosamente ‘degenerada’, de hij\*s literari\*s” (21) entre quienes se encuentran, por solo mencionar a algunxs, Félix Bruzzone, Mario Bellatín, Dany Salvatierra, Naty Menstrual, Claudia Rodríguez y Gabriela Cabezón Cámara.

Tomando las crónicas de *Loco afán* (1996) como hito fundacional de *Queeramérica*, en el primer capítulo de la segunda parte, Bizzarri estudia la obra de Lemebel preguntándose el significado que tiene un retorno a la identidad subcontinental en medio de la viralización global del sida. Con el fin de evidenciar las embestidas (post)dictatoriales que, en el Chile neoliberal de ese entonces, niegan un Estado de Derecho a aquellos cuerpos “que se escapan de las mallas del control categorial” (82), el cronista chileno presenta a las travestis prostitutas de San Camilo como las salvaguardias “de la biodiversidad local amenazada por los nuevos conquistadores” (83). Asimismo, su móvil representación del sida le permite concebir una suerte de *queeramericanidad* viscosa y promiscua donde, así como en una orgía, los fluidos corporales se intercambian clandestinos en un frenesí liberadoramente anticategorial a la vez que impugnadoramente político. Para dar cuenta de ello, Bizzarri se detiene en el ya mentado volumen *Loco afán*, así como en *La esquina es mi corazón* (dos obras cuyo alcance –según el autor– va más allá de la nación, alcanzando dimensiones continentales), para analizar las estrategias mediante las cuales se perfila una *localidad popular* barrocamente activada “por acumulación de imágenes diversas, por atiborramiento de referentes descolgados que transitan sin agarrar” (116), suerte de remix libidinoso que impugna tanto la colonización del norte global como cualquier “dictadura del fundamento originario” (124). Gracias a la pluma de Lemebel, *Queeramérica*

se redescubre, entonces, como subcontinente travesti, metáfora (post)identitaria cuya “política bolivariana disolvente y performativa” (124), por cierto, cobra dimensiones emblemáticas en la figura de esa *transvedette* latinoamericana de Juan Dávila (*The Liberator Simón Bolívar*, 1994) a la que Bizzarri echa mano al final del capítulo.

Por su parte, el siguiente capítulo se ofrece como una breve “cuña –puntual, feminista y violenta–” (125) en que la narrativa de Diamela Eltit –según Bizzarri, continuación lógica del CADA– es celebrada en su capacidad performática por deconstruir significados autoritarios “mediante la exhibición matérica de sus tramposos y arbitrarios procedimientos de legitimación” (126). Armado de la propuesta nellyrichardiana de una alianza táctica entre feminismo y disidencia sexual, así como en el horizonte de una conceptualización amplia de lo queer, el autor detiene su mirada sobre aquellos “cuerpos inciertos y no socializados” (127) que, diseminados a lo largo y ancho de la obra eltitiana, permiten dismantelar cualquier atisbo de identidad monológica. Es en tal sentido que, a partir de un estudio de caso ejemplar (*El cuarto mundo*, 1988), Bizzarri vislumbra el potencial de (re)articulación política que atraviesa la narrativa de la autora –pensada, según entiendo, cual caja de herramientas para una (de)construcción *queeramericana*– a partir de la configuración de un “‘cuerpo performativo’ del nuevo mundo” (131) construido mediante el injerto monstruoso de “sumandos imprecisos” (131).

Finalmente, en el último capítulo, Bizzarri presenta a un Bolaño que, preocupado, al igual que los *daddies* del *boom*, por el manoseado tema de la identidad subcontinental, agencia un giro queer en el que, tras descategorizar el constructo social latinoamericano, lo repolitiza. Atendiendo a una serie de “alusiones desencajadas” (157) sobre América Latina que articulan su narrativa (entre las que destacan vaporosos y clandestinos espacios, como baños públicos y piscinas), el crítico vislumbra en la prosa bolañesca un indeterminado limbo de lo flou en cuya lúbrica mezclanza *queer* hallan eco las violentas borraduras identitarias –esas de las y los ‘sin nombre’ de 2666– que atraviesan la historia continental. De este modo, Bizzarri evidencia cómo el “espectro marica” (163) que acedia la producción escritural del novelista chileno opera cual “catalizador para la recodificación transgresiva de

algunas entre las más emblemáticas poéticas latinoamericanas del siglo XX” (163). En otras palabras: para el autor, Bolaño se hace cargo de la herencia novelística latinoamericana –aquellos “textos-monumentos” (163) del *boom*– sacando del clóset una performatividad subcontinental (destáquese, por cierto, su ejemplar lectura crítica de los roces *queer* que acechan a Óscar Amalfitano) que le permite, en la línea de las producciones artísticas de Lemebel y Eltit, apuntar sus flechas tanto a los ‘mcondistas’ como a aquellos proselitistas de lo autóctono.